

Daniela Slipak. Es socióloga por la Universidad de Buenos Aires (UBA), magíster en Ciencia Política por el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-UNSAM) y doctora en Estudios Políticos y Ciencias Sociales por la École des Hautes Études en Sciences Sociales y la UBA. Actualmente, es investigadora del Conicet con sede en el IDAES, y docente en dicha casa de estudios y en la Carrera de Ciencia Política de la UBA. Es autora del libro *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones* (Siglo XXI, 2015), y de distintos artículos en revistas nacionales e internacionales sobre violencia, historia reciente, identidades políticas y teoría política.

El Pueblo de la Independencia. Los sentidos del pasado en la organización Montoneros¹

Como es sabido, los grupos políticos reinterpretan la historia y las tradiciones en las cuales se inscriben. Para constituir su identidad, disputan con otros actores el sentido de los hechos pretéritos y articulan un relato que pone en juego símbolos, representaciones y mitos. La organización político-militar Montoneros, un actor fundamental de los años setenta, no fue una excepción al respecto. A lo largo de sus actos, discursos y publicaciones, definió el peronismo clásico, la etapa de proscripción y, más generalmente, el devenir del siglo XX. Pero además propuso una significación de las primeras décadas argentinas, que recogió y fusionó distintas narraciones que circulaban en ese entonces. Aunque muchas veces sea soslayado, los conflictos de Montoneros con otros actores de la coyuntura también se jugaron en esas miradas retrospectivas, y no sólo a través de las armas, más allá de su innegable importancia.

Con estas preocupaciones, el presente artículo se propone recorrer los sentidos que sobre el pasado, y sobre el periodo de la Independencia en particular, articularon las principales intervenciones de Montoneros desde su aparición pública en mayo de 1970 hasta el golpe de Estado que sufrió la Argentina en marzo de 1976.

I. Los primeros documentos

Si de miradas retrospectivas se trata, ya en los primeros documentos de Montoneros, escritos durante los gobiernos de facto de la llamada Revolución Argentina y cuando la organización todavía se componía de grupos dispersos en algunas provincias, se vislumbra una lectura específica de la época de la Independencia. Por ejemplo, en 1971, en un reportaje publicado en la revista *Cristianismo y Revolución*, un militante afirmaba que el nombre de Montoneros se vinculaba a la historia argentina y a las “luchas nacionales y populares de nuestra independencia en el siglo pasado”.² Esta fundamentación había aparecido y aparecería en otras declaraciones de esos meses. Junto a ella, se desplegaba una clave interpretativa sobre los siglos XIX y XX argentinos:

¹ Agradezco los valiosos comentarios de Gerardo Aboy Carlés y Ricardo Martínez Mazzola efectuados a una versión preliminar de este artículo.

² “El llanto del enemigo”, *Cristianismo y Revolución*, n°28, abril de 1971, p. 72.

“nos sentimos parte de la última síntesis de un proceso histórico que arranca ciento sesenta años atrás y que con sus avances y retrocesos da un salto definitivo hacia adelante a partir del 17 de octubre de 1945. A lo largo de este proceso histórico se desarrollaron en el país dos grandes corrientes políticas. Por un lado la de la oligarquía liberal, claramente antinacional y vendepatria; por el otro, la del pueblo, identificada con la defensa de sus intereses que son los intereses de la Nación contra los embates imperialistas de cada circunstancia histórica. Esta corriente nacional y popular se expresó tanto en 1810 como en 1945, como en todas las luchas del ejército sanmartiniano y las montoneras gauchas del siglo pasado, en las luchas heroicas de aquellos inmigrantes que dieron su vida en los orígenes de nuestro sindicalismo y en el nacionalismo yrigoyenista. Así es que a través de ella el pueblo argentino ha ido escribiendo su verdadera historia.”³

En diversas ocasiones, Montoneros trazó una línea de continuidad entre la coyuntura en la cual intervenía y los primeros hitos del país. Borró las diferencias entre los hechos acaecidos desde la Independencia en adelante, unificándolos bajo un clivaje entre un espacio “imperialista” -“ficticio”, “antinacional”, “liberal”, “oligárquico”- y otro “nacional” -“popular”, “verdadero”, “heroico”. Desde esta perspectiva, el paso de los años no habría aportado mucha novedad; sólo la repetición de un mismo conflicto. La excepción decisiva, en todo caso, la habría traído el peronismo al liberar la “nación auténtica”. La identidad de Montoneros, pues, era planteada en continuidad con ese enfrentamiento y como heredera de la corriente popular realizada en el peronismo.

En un documento interno de 1971, se agregó algo más sobre esa heredad, explicitando que la organización retomaba el “legado histórico de nuestros patriotas de la Independencia, de San Martín y de Güemes, de los caudillos y gauchos montoneros, y de todos aquellos que lucharon por nuestra emancipación del dominio extranjero, ya sea español o inglés, y contra la oligarquía unitarista aliada al imperialismo”.⁴ Aquí, además de a las montoneras, aquella línea popular era vinculada a los caudillos federales del siglo XIX. Desde luego, esta clave interpretativa no era muy original. Es sabido que desde inicios del siglo XX, distintos autores del revisionismo histórico habían hecho hincapié en esa Argentina de los caudillos federales y las montoneras bárbaras que debía romper con la representación extranjerizante y ficticia del país. También es conocido que esta imagen no había sido idea de Perón durante sus primeras presidencias. El entonces general había bautizado líneas ferroviarias con nombres del panteón liberal: Domingo Faustino Sarmiento, Justo José de Urquiza, Bartolomé Mitre, Julio Argentino Roca y José de San Martín. Asimismo, el estatuto orgánico del partido peronista de 1954 había prohibido intervenir en la polémica historiográfica en torno al revisionismo. Si se exceptúan casos como los de los diputados Ernesto Palacio y John William Cooke, o de escritores como Raúl Scalabrini Ortiz, la sedimentación de los tópicos revisionistas con el universo peronista fue posterior. Estuvo asociada al surgimiento de una nueva generación político-intelectual de izquierda en los años sesenta que, con ayuda de autores de la denominada

³ “Hablan los Montoneros”, *Cristianismo y Revolución*, n°26, noviembre-diciembre de 1970, p. 11.

⁴ Documento “Línea Político militar” en Roberto Baschetti, *Documentos. 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, v. 1, La Plata, De la Campana, 2004, p. 251.

izquierda nacional o del forjismo, recuperó el peronismo según esquemas revisionistas, aunque lejanos al elitismo conservador propio de sus primeras oleadas. Reivindicó el carácter autóctono y popular de Perón, y su parecido con los caudillos del siglo anterior.⁵ Los discursos del propio exiliado desde 1957 en adelante venían abonando a dicho esquema.⁶ Por supuesto que esta imbricación entre peronismo y revisionismo respondía, a su vez, a las impugnaciones provenientes de espacios antiperonistas. El gobierno de la llamada Revolución Libertadora había equiparado peyorativamente a Perón con Juan Manuel de Rosas, en términos de la “segunda tiranía”. Comparación que tenía antecedentes en el antiperonismo previo a 1955, en figuras como Américo Ghioldi, entre tantos casos.

De modo que, ya en sus primeros documentos y apariciones públicas, Montoneros enlazó su espacio de pertenencia con la época de la Independencia del país, planteando una interpretación particular del peronismo ligada al revisionismo histórico, en una amalgama propuesta por varios actores de las décadas de 1950 y 1960 con distinta carga valorativa.

II. La prensa de circulación legal

Hacia fines de 1972 y comienzos de 1973, Montoneros protagonizó grandes transformaciones. Recibió afluentes de otros espacios armados y hegemonizó diversos “frentes de masas” en universidades, colegios, barrios y fábricas. En paralelo, obtuvo el sobrio aval de Perón y fue incorporándose al Movimiento Peronista, lo que le permitió cierta presencia en instituciones de gobierno a partir del triunfo del Frente Justicialista de Liberación en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Como corolario de este crecimiento cuantitativo y cualitativo, desarrolló un proyecto de prensa legal, que incluyó revistas y un diario, con el objeto de expresar su línea oficial, homogeneizar la diversidad de la militancia y obtener más adherentes.

La revista *El Descamisado* fue parte de ese proyecto. Llegó a los 47 números, desde mayo de 1973 hasta abril de 1974, con una gran cantidad de notas, entrevistas, imágenes, comunicados, suplementos, historietas y editoriales, que lograron la venta de más de 100.000 ejemplares en algunas ocasiones. Su rememoración del periodo de la Independencia fue bastante más detallada que en los documentos iniciales de la organización. Desde el número 10 hasta el 46, publicó una historieta titulada “América Latina. 450 años de guerra”, escrita por Héctor Germán Oesterheld e ilustrada por Leopoldo Durañona (salvo la última entrega, ilustrada por Rubén Sosa). Con viñetas atractivas, recorrió las décadas pasadas de la región desde la llegada de los españoles al continente hasta la separación de Buenos Aires de la Confederación Argentina presidida por Justo José de Urquiza; luego de ese capítulo la revista fue clausurada por el decreto 1100 de 1974. Entre otros fragmentos, la historieta decía:

⁵ Sobre la nueva izquierda, véase Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda* [2001], Buenos Aires, Siglo XXI, 2013. Sobre el revisionismo, Quattrocchi-Woison *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*, París, CNRS, 1992 y Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001, pp. 140-148.

⁶ Juan Domingo Perón, *Los vendepatria. Las pruebas de una traición* [1957], Buenos Aires, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, 2006.

El imperialismo nunca fue una simple frase de denuncia de los pueblos. Tiene nombres y apellidos concretos. Tiene hechos y episodios. Tiene balas y sangre en su negra historia. [...] [En alusión a la época del Virreinato] El imperialismo de entonces, el español, sin otra razón que sus armas superiores, robó y asesinó al hombre americano, dejándolo en la más abyecta de las miserias. Ya entonces empezábamos a ser el tercer mundo que explotaría luego Inglaterra y ahora Estados Unidos. Siempre por la fuerza de las armas y con la ayuda de las minorías nativas, alcahuetas de sus hermanos. La historia de América es la historia de los imperialismos, que crecen y se enriquecen con nuestro trabajo e impiden que nos liberemos y podamos ser dueños de lo que nos pertenece.⁷

La historieta articuló una clave de lectura que redujo todos los sucesos a un mismo conflicto -el pueblo contra la oligarquía- y representó de manera inmutable a los actores, sus intereses, sus demandas, sus relaciones y el contexto. Al igual que los documentos iniciales, evocó esquemas del revisionismo histórico. Sin embargo, mostró una precisión. Tal como lo había hecho la nueva izquierda de los años sesenta, acentuó la presencia activa del pueblo en la mecánica de los acontecimientos, distanciándose de las primeras oleadas más elitistas del revisionismo, abocadas a resaltar el control de los caudillos sobre los distintos grupos sociales.

En particular, la Independencia no fue interpretada como un quiebre, como un acto fundacional, sino como un capítulo más del larguísimo enfrentamiento entre “el imperialismo” y “lo popular”. Los sucesos de 1810 y 1816 no habrían hecho sino reemplazar una “colonia declarada” bajo el yugo español por una “colonia disimulada” bajo el dominio inglés y luego norteamericano. Varios capítulos de la historieta criticaron a los integrantes de la Primera Junta (exceptuando al Jefe de Regimiento de Patricios, Cornelio Saavedra), la Junta Grande, el Triunvirato y el Directorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Sin marcar matices y diferencias entre las tendencias políticas y económicas de las elites de ese entonces, las impugnaron por “europeístas”, “vendepatrias” y “proimperialistas”, y las acusaron de ocultar la explotación económica tras una máscara de “independencia” y “libertad”. Específicamente, se erigió un cuestionamiento profundo a Mariano Moreno: “trata de imponer la patria que quieren los jóvenes ‘de luces’. Patria irreal, mamada en los autores europeos...y demasiado coincidente con los intereses del imperialismo inglés”.⁸ El staff de la revista reconocería posteriormente a raíz de una crítica recibida en el “correo de lectores” (firmada por Norberto Galasso) que dichas afirmaciones habían sido excesivas, aunque aclarando que no del todo desacertadas. Más generalmente, para *El Descamisado*, las primeras formas de gobierno, la presidencia de Bernardino Rivadavia y los unitarios habrían ignorado sin muchas divergencias al pueblo, descrito como una figura *per se* resistente y anticolonial, presente en los tumultos y milicias ciudadanas como las que enfrentaron las invasiones inglesas o las que rondaron los sucesos de mayo de 1810 sin participar del Cabildo Abierto.⁹ Pero, fundamentalmente, para la

⁷ *El Descamisado*, n°10, 24/07/1973, pp. 25-28.

⁸ *El Descamisado*, n°16, 04/09/1973, p. 22.

⁹ Sobre estos sectores urbanos, véase Tulio Halperin Dongui, *Historia argentina 3: de la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 2010, pág. 47-58.

publicación, el pueblo se expresaba en los gauchos y, más aún, en las montoneras que acompañaron los caudillos provinciales federales. Es decir, era trazado como un sujeto protagónico, aunque ligado a un líder, y nada renuente a la experiencia de la guerra y de las armas. Al respecto: “guerra terrible, guerra con todo, la guerra gaucha. Guerra silenciada por las historias escolares. La oligarquía no quiso mostrar nunca el poderío tremendo del pueblo invencible en armas”.¹⁰ Evidentemente, Montoneros recortaba, moldeaba y proyectaba en el siglo pasado un sujeto que planteaba encarnar en la política de los años setenta.

Siguiendo esta línea, se dedicaron capítulos de la historieta a José Gervasio Artigas, Manuel Dorrego, Martín Miguel de Güemes, Facundo Quiroga, Francisco Ramírez y, por supuesto, Juan Manuel de Rosas. El número 20 sentenció: “Bien lejos de la capital: nace allí una nueva democracia, sin doctores, a la criolla. Inspiración pura del pueblo (...) Artigas aspira a la independencia total de España”. El número 28 afirmó respecto del asesinato de Dorrego: “Amargura y tristeza en los rancharíos...llora la copla en la noche”. El número 29 extremó su gramática revisionista hasta negar el carácter represivo del rosismo: “Durante más de un siglo la mitrista historia ‘oficial’ miente a sabiendas en escuelas, colegios, universidades, diarios, revistas (...) El poder de Rosas no se apoyó en la fuerza bruta, en la matanza de los opositores (...) Recién a veinticinco años de la independencia, y gracias a Rosas, Buenos Aires se acuerda de los ‘trece ranchos’, las provincias”. El número 31 aseveró: “Gobierna Rosas. La tiranía sangrienta, como brama la oposición unitaria. Pero ahí está el pueblo. Trabajando y más contento que nunca”. El episodio correspondiente al número 35 planteó: “Odiado por el enemigo y los oligarcas (esos imperiales disfrazados), Güemes es adorado hasta el fin por su pueblo”. El número 36 enunció: “para el pueblo empobrecido [...] Quiroga es grande porque lo comprende, porque lo defiende, porque pelea por él. Por eso el pueblo nutre sus montoneras”. Y el siguiente: “Ramírez, valiente como nadie y tan capaz de hacerse adorar por sus montoneros”.¹¹ Es de remarcar que en este grupo de líderes, la revista situó también a José de San Martín, disputando su lugar como prócer del panteón liberal. En suma, distintos capítulos de la historieta propusieron símbolos y mitos de la corriente historiográfica revisionista y de los autores de la izquierda nacional. Esto se puso de manifiesto, asimismo, en la nota sobre la presentación del disco *Cantata Montonera*, encargado por la Conducción Nacional al conjunto musical folclórico Huerque Mapu.¹²

Ahora bien, para Montoneros, la ruptura de este larguísimo conflicto entre el imperialismo y el pueblo habría de llegar con las primeras presidencias de Perón. El peronismo era entendido como una experiencia que, si bien retomaba el espíritu popular del siglo XIX, lograba interrumpir su permanente frustración a manos del imperialismo, tal como habría sucedido en la batalla de Caseros. O, unos años antes, en la batalla de la Vuelta de Obligado, recordada por una nota del número 28 de la revista. El peronismo era sumergido entonces en esa larga historia de enfrentamientos, pero asignándole un status fundamental. Si se quiere, otorgándole ese carácter fundacional negado a la Revolución de Mayo y a la Declaración de la Independencia.

¹⁰ *El Descamisado*, n°35, 15/01/1974, p. 23.

¹¹ *El Descamisado*, n°20, 02/10/1973, p. 23; n°28, 27/11/1973, p. 24; n°29, 04/12/1973, pp. 23-24; n°31, 18/12/1973, p. 22; n°35, 15/01/1974, p. 24; n°36, 22/01/1974, p. 23; n°37, 29/01/1974, p. 14.

¹² *El Descamisado*, n°33, 31/12/1973, pp. 2-3.

Por último, es de resaltar que el cierre del proyecto de prensa legal en septiembre de 1974, con la clausura del diario *Noticias sobre todo lo que pasa en el mundo* y la revista *La Causa Peronista* a través de los decretos 630 y 770, no implicó el abandono de esta mirada retrospectiva. Aun en condiciones radicalmente diferentes para la organización, luego de su pase a la clandestinidad con el consecuente encuadramiento militar de buena parte de sus militantes y en un contexto cada vez más represivo, el documento interno escrito con motivo del Congreso Nacional de 1975 sostuvo: “vemos en las luchas montoneras del siglo pasado la encarnación de la conciencia antiimperialista de nuestro pueblo (...) El país antiimperialista dominante es otro, las formas de dominación son otras y la fuerza social revolucionaria (la clase obrera surgida con la industrialización), también es otra. Pero la significación política es la misma: tomar el poder para romper la situación de dependencia y explotación en que está sumido la Nación y el pueblo”.¹³

III. Historia, origen e identidad

Como se ha visto, en sus declaraciones, en sus documentos internos y en su prensa, Montoneros volvió a las décadas pasadas. Al hacerlo, recurrió a esquemas del revisionismo histórico, de la izquierda nacional y del propio Perón, y propuso una lectura específica de la Revolución de Mayo y de la Independencia, que desdibujó su carácter disruptivo para otorgárselo al peronismo. Dicho gesto no era casual. Si bien no fue objeto del presente artículo, lo cierto es que la organización se posicionó como heredera del peronismo clásico y de la etapa de la llamada Resistencia Peronista, planteando al 17 de octubre de 1945 y al derrocamiento de Perón en 1955 como dos instancias decisivas. Más aún, como dos momentos originarios de su identidad. El primero en tanto habría inaugurado un vínculo directo y pleno entre Perón y su pueblo. El segundo porque habría consolidado en el último un protagonismo resistente a través de huelgas, puebladas, movilizaciones, e intervenciones armadas reclamando por el regreso de Perón. Para constituir su espacio de pertenencia, por tanto, Montoneros estableció un sentido particular del peronismo, reacio a los dispositivos y procedimientos institucionales, y sostenido en una idea de pueblo sustancial y combativo, anudado de manera inmediata a su líder. En fin, como muestran las citas anteriores, un relato nada discordante con las figuras con las cuales se evocaron las primeras décadas del país.

Por supuesto que todas estas narraciones relegaron, negaron o desplazaron muchísimas cuestiones. Sólo por mencionar algunos ejemplos: las grandes transformaciones políticas e institucionales acaecidas en el siglo XIX, las mediaciones representativas con las cuales Perón estructuró su ordenamiento comunitario a mediados del siglo siguiente, o las diferencias entre los intereses, demandas y modalidades de los trabajadores, estudiantes y guerrillas de las décadas del sesenta y setenta. No obstante, más que apuntar dichos olvidos, lo que interesa, desde una sociología de las identidades políticas, es identificar cuáles son las formas con las que se recuerda y reinventa el pasado. En definitiva, es a través de dichas representaciones que los sujetos despliegan sus

¹³ Citado en Roberto Baschetti, *Documentos 1973-1976. De la ruptura al golpe*, v.2, La Plata, De la Campana, 1999, p. 352.

decisiones y acciones, se enfrentan a otros actores de la coyuntura y, volviendo borrosa la distinción entre historia y política, construyen su identidad.